círculo entrelazando los brazos.) Hé aquí reunidos á los cinco hombres más ilustres de Génova para decidir de sus destinos. (*Se abrazan estrechamente.*) Aunque se hundiera el mundo y Dios rompiese los lazos del amor y la amistad, subsistiria á todo ese tronco de cinco ramas.

VERRINA. —¿ Cuándo nos reuniremos de nuevo?

FIESCO. — Mañana, á medio dia, oiré vuestro parecer.

VERRINA. — Pues hasta mañana á medio dia. Buenas noches, Fiesco. Ven, Borgognino. Vais á oir algo raro. (*Ambos se van.*)

FIESCO. — (*A los demas.*) Salid por la puerta trasera, para que no os vean los espías de Dória.

ESCENA XIX.

FIESCO solo y paseándose pensativo.

¡ Qué borrasca en mi corazon! ¡ Qué rápido movimiento en mis ideas! Como criminales que se deslizan de puntillas, inclinando al suelo el enardecido rostro, cruzan por mi mente fantasmas tentadores! Deteneos, deteneos, y dejad que os mire cara á cara. Un buen pensamiento fortifica el corazon y sale osado á la luz del dia. ¡ Ah!... Os conozco. Llevais la librea del eterno impostor. Pasad. (*Pausa. Con mayor viveza.*) ¡ Fiesco, republicano!... ¡ Fiesco, dux!... Despacio. Hé aquí el borde del abismo, límite de la virtud, frontera entre el cielo y el infierno. Hé aquí dónde tropezaron precisamente algunos héroes, y otros cayeron y atrajeron la maldicion sobre su nombre. Hé aquí dónde precisamente dudaron los unos, resistieron firmes los otros para convertirse en semi-dioses. (*Con mayor viveza.*) El corazon de Génova está conmigo; la temible Génova se deja llevar de aquí para allá. ¡ Oh habilidad del crímen que pone un ángel frente á un diablo! ¡ oh desdichada ambicion! ¡ vieja prostituta!.. Por tus caricias ángeles hubo que perdieron el cielo y la misma muerte fué concebida en tus entrañas. (*Se estremece.*) Sí; á los mismos ángeles seduces con tus cantos de sirena, y atraes al hombre con oro y mujeres y coronas. (*Tras breve instante de reflexion.*) Grande empresa es combatir por una corona, mas rechazarla es divino. (*Con resolucion.*) Cae, tirano, y tú, Génova, sé libre. (*Con tierna emocion.*) Y yo, yo seré tu más feliz ciudadano.

ACTO III.

—

ESCENA PRIMERA.

Sitio fragoso y desierto.

Salen VERRINA y BORGOGNINO. — Es de noche.

BORGOGNINO (*deteniéndose*).

A dónde me llevas, padre? Harto manifiesta aún tu respiracion jadeante, el sombrío pesar con que fuiste á mi encuentro. Cese tu silencio terrible. Habla; no quiero pasar de aquí.

VERRINA. — Este es el sitio.

BORGOGNINO. — El más horrible que pudiste hallar. Se me erizan los cabellos, padre, si lo que debes decirme cuadra con este sitio.

VERRINA. — Es florido jardin comparado con la noche de mi alma. Sígueme á donde la corrupcion roe los cadáveres, y la muerte celèbra sus festines; á donde los ayes de los condenados regocijan al demonio, y las acerbas lágrimas de la desesperacion filtran á traves de la eternidad... Allí, hijo mio, en aquel lugar en que se mudan las leyes naturales, y Dios rompe su cetro bienhechor, allí te hablaré en medio de la destruccion y rechinarán tus dientes al oirme.

BORGOGNINO. — ¿Y qué debo oir, dime?

VERRINA. — Temo, mancebo... Tu sangre es sonrosada, y fofa tu complexion. Tales naturalezas suelen ser flacas. Tu propia sensibilidad ablanda mi ánimo cruel, pues para que tú me comprendieras, y comprendieras mi dolor, necesario fuera que la nieve de los años y el negro pesar hubiesen detenido el regocijado vuelo de tus ilusiones; necesario fuera que la sangre negra y espesa cerrara tu corazon á los encantos de la vida.

BORGOGNINO. — Prometo oirte y seguirte.

VERRINA. — No, hijo mio; yo lo evitaré. ¡Ah, Escipion! ¡Si supieras qué pesada carga me agobia! Tan horrible intento, horrible como negra noche, monstruoso, capaz de partir el corazon de un hombre, quiero realizarlo yo solo. Pero solo no puedo soportarlo. Si fuera orgulloso, Escipion, te diria que es tormento para mí, ser único en grandeza;... que su grave peso al mismo Creador abrumó y hubo de tomar á los ángeles por confidentes. Oye, Escipion.

BORGOGNINO. — Mi alma devora la tuya.

VERRINA. — Óyeme, y nada digas; ni una palabra, muchacho, ¿ entiendes ?... ni una palabra sobre esto. Fuerza es que Fiesco muera.

BORGOGNINO. — (*Estupefacto.*) ¡ Que muera Fiesco !

VERRINA. — Sí, que muera. ¡ Gracias, Dios mio ! He pronunciado la palabra. Fiesco debe morir, y debe morir á mis manos. Ahora, véte. Hay acciones que no pueden sujetarse á ningun juicio humano, y sólo reconocen á Dios por árbitro supremo. Está resuelto; vé. No quiero que me reconvengas, ni que me aplaudas. Sólo yo sé cuánto me ha costado decidirme. Pero oye; despues de esto, tú mismo podrias creer que estás loco... oye. ¿ Viste cómo se miraba en nuestra sorpresa ? Dime tú, si el hombre que ha burlado á Italia entera con su sonrisa, podria sufrir un igual en Génova. Fiesco derribará al tirano, muy cierto; pero Fiesco será á su vez el más fatal tirano de Génova; esto es más cierto todavía. (*Vase. Borgognino le contempla, mudo de sorpresa, y le sigue lentamente.*)

ESCENA II.

Un salon en casa de Fiesco. En el foro una ventana con vidrieras, con vistas al mar y á Génova. — Amanece.

FIESCO, solo, en la ventana.

¡ Qué veo ! La luna ha desaparecido y brilla la roja aurora sobre el mar. ¡ Qué extrañas visiones han turbado mi sueño ! Todo mi sér gira en torno de un solo pensamiento, como víctima del vértigo. ¡ Necesito respirar !... (*Abre la vidriera. El mar y la ciudad brillan á lo lejos, alumbrados por la aurora. Fiesco se pasea á lo largo del salon.*) Conque fuera el primer hombre en Génova, veria agruparse junto á mí á todos los pequeños... Mas ofendo á la virtud... (*Pausa.*) ¡ La virtud ! Las almas elevadas están sujetas á otras tentaciones que el vulgo. ¿ Cómo puede convenir á ambas la virtud ? ¿ Cómo sentará bien al gigante la armadura del flaco pigmeo ? Mia fuera esta majestuosa ciudad. (*Extiende hácia ella los brazos.*) Yo brillaria por encima de ella, cual la soberana claridad del sol; yo la escudaria con mi autoridad de monarca; yo sumergiria en aquel océano sin fondo mi ánsia ardiente y mis insaciables deseos. Si la destreza del ladron no ennoblece el robo, al menos su valor ennoblece al ladron. Quien roba un bolsillo se deshonra; quien falta á su fe por un millon, comete una imprudencia, mas ¡ qué inefable grandeza en robar una corona ! La infamia mengua cuando crece el delito. (*Pausa con expresion.*) ¡ Obedecer... reinar !... monstruoso abismo que da vértigo. Arrojad á él cuanto hay de más precioso para el hombre; vosotros conquistadores, las victorias; vosotros artistas, las obras inmortales; vosotros epicúreos, los placeres; vosotros navegantes, mares, islas... todo !... ¡ Obedecer, reinar !... Ser ó no ser. Quien pudiera medir, sin sentir el vértigo, la distancia que separa del infinito al último serafin, sólo éste mediria la profundidad de esa sima. (*Con solemnidad.*) ¡ Qué inmensa dicha subir á tal altura, y contemplar desde allí con desdeñosa mirada la impetuosa corriente del destino, donde voltea sin parar la rueda de la ciega fortuna, y muda maligna las cosas ! ¿ Qué es llevar á los labios la copa de la dicha, y conducir con andadores al gigante de la ley, armado de coraza ? ¡ Y poderle herir impunemente, y ver cómo cede su impotente cólera ante la soberanía ! ¡ Y enfrenar las indómitas pasiones del pueblo, como corcel fogoso con ligera rienda ! ¡ Y derribar de un soplo en el polvo el orgullo de los vasallos, mientras la fuerza creadora del cetro da vida á los regios ensueños del príncipe, engendrados por la fiebre !

¡Sueño fascinador! ¡cómo arrebata la mente más allá de sus límites! ¡Oh!... ser príncipe un instante. Toda la esencia de la vida se halla concentrada aquí; que no vale ésta por lo que dura, sino por lo que contiene. Así descompuesto el trueno en simples rumores, sirve á lo más para adormecer á los niños, cuando si estalla de súbito y de una sola vez, estremece con su voz poderosa la bóveda del cielo... Estoy resuelto. (*Se pasea con heroico ademan.*)

ESCENA III.

FIESCO.—LEONOR, con visible inquietud.

LEONOR.—Perdonadme, Conde; temeria turbar vuestro reposo.

FIESCO.—(*Sorprendido.*) En efecto, señora; mucho me sorprendeis.

LEONOR.—Cosa que no ocurre nunca á los que aman.

FIESCO.—Exponeis vuestra belleza al aire peligroso de la mañana, Condesa.

LEONOR.—¡A qué conservar la pequeña parte que me han dejado los pesares!

FIESCO.—¡Qué pesares, amor mio! Pensé que fuera de los que se ocupan en subvertir los Estados, los demas vivian tan tranquilos.

LEONOR.—Es posible, pero lo que es á mí me mata esa tranquilidad, y vengo precisamente, señor, á haceros una pequeña súplica, si podeis disponer de un instante. Seis meses há que sueño que soy condesa de Lavagna, pero al fin este sueño singular se ha desvanecido, y sólo me resta de él inefable amargura. Quisiera resucitar las pasadas dichas de mi inocente infantil edad, porque desvanecieran los vivientes fantasmas que me hostigan. Permitidme pues que torne á los brazos de mi buena madre.

FIESCO.—(*Con viva sorpresa.*) ¡Cómo, Condesa!

LEONOR.—¡Cuán pobre y miserable cosa es mi corazon! Debierais compadecerlo, seguramente. Como la más leve memoria dañaria mi enferma imaginacion, devuelvo á su legítimo dueño las últimas prendas que fueron testimonio de su amor. (*Deja una cajita con alhajas encima de una mesa.*) Y este puñal que traspasó mi corazon. (*Deja igualmente un paquete de cartas.*) Y estas... (*Llorando y sollozando.*) Sólo guardo para mí la herida.

(*Fiesco, conmovido, corre hácia ella y la detiene.*)

LEONOR.—(*Cayendo en sus brazos.*) No mereci ciertamente ser esposa vuestra, pero vuestra esposa merecia respeto. ¡Cómo silba ahora en torno la calumnia! ¡Con qué desden me miran casadas y doncellas! ¡Miradla, dicen, miradla cómo se marchita la vanidosa que se casó con Fiesco! ¡Cruel castigo á mi femenil presuncion! que cuando el Conde me llevó al altar, despreciaba á mi sexo.

FIESCO.—¡Por Dios!... no... señora... ¡Singular escena!

LEONOR.—(*Ap.*) Bien. Palidece y se avergüenza. ¡Valor!

FIESCO.—Concededme dos dias tan sólo y entonces me juzgareis.

LEONOR.—¡Verme sacrificada!... ¡Ah!... No me dejes pronunciar esta palabra ante tí, ¡oh casta luz del cielo!... Verme sacrificada á una coqueta. Miradme cara á cara, esposo mio. ¡Por Dios! Los ojos que gobiernan y hacen temblar á Génova, no debieran bajarse ante las lágrimas de una mujer.

FIESCO.—(*Cortado.*) Ni una palabra más, señora, ni una palabra más.

LEONOR.—(*Con dolor y amargura.*) En verdad que es digno del sexo fuerte, desgarrar el débil corazon de una mujer. Me arrojé en brazos de ese hombre, feliz

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

con enlazar á su fortaleza mis flaquezas femeniles, librando en él mi dicha entera, y este hombre generoso la regala á una...

FIESCO.—*[Interrumpiéndola con viveza.]* No, Leonor mia.

LEONOR.—¡Leonor mia!... ¡Oh, gracias, Dios clemente! Aún suena para mí el caro acento del amor. Cuando debiera aborrecerte, ¡falso! recojo aún con avidez las migajas de tu ternura. ¡Aborrecerte! ¿Y pude pronunciar esta palabra, Fiesco? ¡Oh! no lo creas. Con tu perjurio, posible es que aprenda á morir, pero jamas á aborrecerte. Se engaña mi corazon. *(Suenan dentro los pasos del Moro.)*

FIESCO.—Concededme un ligero favor, pueril si quereis.

LEONOR.—Todo, Fiesco, excepto la indiferencia.

FIESCO.—Cuanto querais y cómo querais. *(Con expresivo acento.)* Ni me condenes, ni me preguntes nada, hasta dentro dos dias. *(La conduce con dignidad á otra sala.)*

ESCENA IV.

El MORO llega sin aliento.—FIESCO.

FIESCO.—¿Por qué llegas tan sofocado?

EL MORO.—Daos prisa, señor.

FIESCO.—¿Qué nos ha caido en las redes?

EL MORO.—Leed esta carta. ¿Estoy aquí realmente? Juraria que Génova ha perdido una docena de calles ó que mis zancas se han estirado. Palideceis ¿eh? Bien parece jugar con las cabezas de los demas, pero ahora que la vuestra es tambien de la partida, ¿qué decis á ello?

FIESCO.—*(Echa la carta, sorprendido, encima de la mesa.)* Dime con mil diablos, cómo has obtenido esta carta.

EL MORO.—Casi, casi, del modo que obtendrá su Señoría la República. Debia llevarla un propio á toda prisa á la ribera de Levante, cuando ved aquí que he olfateado el negocio y me puse en acecho del guapo en una hondonada. De pronto ¡paf!.. la zorra patas arriba y venga acá el pollo.

FIESCO.—Caiga sobre tí su sangre. Esta carta no se paga con oro.

EL MORO.—Ya me contentaré con plata. *(Seriamente.)* Conde de Lavagna, hace poco me dió otra vez el antojo de perderos *(enseñando la carta)*, y se me ha ofrecido nueva ocasion de satisfacer mi deseo; me parece pues que ahora estamos en paz. Por lo demas podeis agradecerlo á mi amistad. *(Le presenta un segundo billete.)* Número dos.

FIESCO.—*(Lo toma con nueva sorpresa.)* ¿Pero estás loco?

EL MORO.—Número dos. *(Se acerca á él con altivez y le codea.)* Vaya que el leon no hizo tan gran necedad perdonando la vida al ratoncillo *(con sorna)*, antes obró con mucha picardía, pues sin él ¿quién hubiera roido las mallas de la red? ¡Qué tal!... ¡Qué os parece!

FIESCO.—¡Habrá pícaro! ¿Cuántos diablos tienes á sueldo?

EL MORO.—Uno solo... para serviros, y á éste le mantiene el Conde.

FIESCO.—¡La propia firma de Dória! ¿De dónde has sacado este papel?

EL MORO.—Fresquito todavía, de manos de mi buena Diana. Estuve en su casa anoche. Le repetí vuestras corteses frases, é hice sonar en sus oidos vuestros zequíes. Surtió efecto la treta. A las seis de la mañana he vuelto á la carga. El Conde estaba precisamente allí, como os decia, y pagaba con ese papel un placer de contrabando.

FIESCO.—¡Cobardes esclavos de las mujeres! Quieren derribar repúblicas y no saben callarse á los piés de una perdida. Por estos papeles averiguo que Dória y los suyos han tramado el plan de asesinarnos á mí y á once senadores, y proclamar soberano á Gianettino.

EL MORO.—Y nada más; y esto el dia de la eleccion de dux, el 3 de mayo.

FIESCO.—(*Con viveza.*) Nuestra actividad de esta noche, hará que aborte su mañana... Aprisa, Hasan; la cosa está en su punto. Llama á los demas y les tomaremos la delantera con sangriento combate. ¡Date prisa, Hasan!

EL MORO.—Antes debo vaciar el saco de noticias que traigo. Ya entraron sin novedad dos mil hombres que escondí en el convento de Capuchinos, donde no penetra un solo rayo de sol. Arden en deseos de ver á su jefe; son brava gente.

FIESCO.—Te toca un escudo por cabeza. ¿Qué dicen en Génova de mis naves?

EL MORO.—Este ha sido el mejor golpe, señor. Más de cuatrocientos aventureros que plantó en la calle la paz entre Francia y España asediaban á los mios, pidiéndoles que intercedieran con vos por que consintierais en enviarles contra los infieles. Les he citado esta tarde para el patio del castillo.

FIESCO.—(*Muy alegre.*) Me tienes á punto de abrazarte, perillan. ¡Este es un rasgo de maestro! Dices que son cuatrocientos. ¡Adios Génova!... Te tocan cuatrocientos escudos.

EL MORO.—(*Con confianza.*) ¿Verdad, Conde, que vamos á trastornar la República de tal modo, que podrán quitarse de enmedio las leyes á escobazos? Nunca os he dicho aún, que cuento tambien con mis pajarracos entre la tropa, y puedo fiar en ellos como en mi condenacion. Segun mis medidas, tendremos al menos seis de guardia en cada puerta, y con éstos basta para

engaitar y emborrachar á los demas. Conque si esta misma noche se os ocurre dar un golpe de mano, hallareis los centinelas bebidos.

FIESCO.—Basta. ¡Bueno fuera que, despues de haber manejado yo solo y sin auxilio alguno este vasto proyecto, cuando estoy próximo á alcanzar mi objeto, viniera á detenerme, con desdoro mio, un bellaco! Dame la mano, camarada. Lo que el conde te debe todavía, el dux te lo satisfará.

EL MORO.—Falta entregaros un billete de la condesa Imperiali. Me hizo señas desde la calle, muy amable y cortés, y me ha preguntado con cierta ironía, si la Condesa tuvo algun ataque de ictericia. Yo le he dicho que á vos sólo os interesaba la salud de una sola persona.

FIESCO.—(*Arroja el billete, despues de haberlo leido.*) Muy bien dicho. ¿Y qué ha respondido ella?

EL MORO.—Que sentia, sin embargo, la suerte de la pobre viuda y se obligaba á darle satisfaccion, prohibiéndoos en adelante vuestros obsequios.

FIESCO.—(*Con malicia.*) Harto cesarán antes del juicio final.

EL MORO.—(*Con malignidad.*) Señor, los asuntos de faldas tienen mucho que ver con la política.

FIESCO.—Ya lo creo, y éste sobre todo; pero ¿qué vas á hacer de este papel?

EL MORO.—Una diablura más que habrá que añadir á las otras. Son unos polvos que me dió la señora Condesa para que los echara cada dia en el chocolate de vuestra esposa.

FIESCO.—(*Retrocede y palidece.*) ¿Y ella misma te los dió?

EL MORO.—Doña Julia, condesa Imperiali.

FIESCO.—(*Le arranca de las manos el paquete.*) Como mientas, canalla, te ato vivo á la veleta de la torre de San Lorenzo, donde dés vueltas al soplo del viento... Los polvos...

segundo, nos bastan cinco buenos puñales. Dentro tres dias, se celebra la misa mayor en la iglesia de San Lorenzo y á ella deben asistir ambos Dórias. A los piés del Altísimo, el recelo de los tiranos se adormece. He dicho.

FIESCO.—(*Volviendo el rostro.*) Calcagno, vuestra premeditada proposicion es horrible... Hablad, Rafael Sacco.

SACCO.—Las razones de Calcagno me placen, pero me repugna el medio que propone. Mejor seria, Fiesco, invitar á tio y sobrino á un banquete, donde, bajo el peso de la cólera de toda la República, se les diese á elegir entre el puñal y el veneno en vino de Chipre. Este medio es al menos cómodo.

FIESCO.—(*Con horror.*) ¡Ay de tí, Sacco, si esta gota de vino que gustaran los moribundos labios, se convirtiera para tí en pez hirviendo, en anticipado dolor del infierno!... ¿Qué dices á ello, Sacco? Renunciemos á ese plan. Habla tú, Verrina.

VERRINA.—Los corazones sinceros obran siempre cara á cara. Un asesinato nos rebajaria al nivel de los bandidos. Espada en mano se presenta el héroe. Soy, pues, de opinion que demos la señal del motin y convoquemos á los genoveses para vengarse. (*Se levanta y hacen lo propio los demas. Borgognino le abraza.*)

BORGOGNINO.—¡Ganemos por las armas la victoria! Eso dicta el honor y eso repito yo.

FIESCO.—Y yo. Vaya, genoveses. (*A Calcagno y á Sacco.*) Harto nos ha favorecido hasta hoy la fortuna; ahora nos toca á nosotros poner manos á la obra. Así, vaya por el motin y sea esta misma noche, genoveses. (*Verrina y Borgognino manifiestan su sorpresa, y los demas se asustan.*)

CALCAGNO.—¡Cómo!... ¿Esta misma noche? ¿Poderosos como son los tiranos y tan débiles nosotros?

SACCO.—¿Esta misma noche?... Nada está preparado todavía y ya se pone el sol.

Los conjurados leyendo la órden de Gianettino Dória.

FIESCO.—Teneis razon, pero leed esos papeles. (*Le da la lista de Gianettino, y mientras la leen todos con curiosidad, se pasea con ademan irónico.*) Ahora, ¡adios, astro brillante de los Dórias que fulgurabas allí, altivo y esplendente, como si hubieras tomado en arriendo el horizonte de Génova, sin ver que el mismo sol abandona el cielo y comparte con la luna el imperio del mundo!... ¡Adios, astro brillante de los Dórias! Murió Patroclo y valia más que tú.

BORGOGNINO.—(*Despues de haber leido los papeles.*) ¡Es horrible!

CALCAGNO.—¡Doce de una vez!

VERRINA.—Mañana en la Signoria.

BORGOGNINO.—Dadme esta hoja. Génova entera recorreré con ella, y de tal modo, que hasta las piedras me seguirán, y los perros, aullando, clamarán venganza.

TODOS.—¡Venganza! ¡Venganza!..... esta misma noche.

FIESCO.—Aquí os queria. En cuanto anochezca, invitaré á los más distinguidos entre los descontentos, especialmente á los que se hallan en la lista de Gianettino, y ademas á los Sauli, los Gentili, los Vivaldi, los Vigodimari, á todos los enemigos mortales de la familia de Dória, que olvidó el asesino. Acogerán mi plan con los brazos abiertos, no lo dudo.

BORGOGNINO.—No lo dudo.

FIESCO.—Ante todo, debemos asegurarnos el mar. Tengo á mi servicio galeras y hombres, y en cambio los veinte navíos de Dória están sin aparejo y desarmados, con lo que es fácil apoderarse de ellos. Cerraremos la embocadura de la dársena y quedan privados de toda esperanza de fuga. Conque tengamos el puerto, Génova estará encadenada.

VERRINA.—Sin duda alguna.

FIESCO.—Luego tomaremos y ocuparemos los fuer-

tes de la ciudad. El puesto más importante es la puerta de Santo Tomás que conduce á la bahía y pone en comunicacion las fuerzas de mar y tierra. Ambos Dórias serán degollados en su propio palacio. Al toque de arrebato se convocará á los genoveses para tomar las armas en defensa de nuestra libertad. Lo demas lo sabreis en la Signoria, si la fortuna nos favorece.

VERRINA.—El plan es bueno. Veamos cómo nos repartiremos los papeles.

FIESCO.— (*Con intencion.*) Genoveses, libremente me habeis puesto á la cabeza de la conjuracion; ¿obedecereis á mis órdenes?

VERRINA.—Mientras sean las mejores.

FIESCO.—¿Conoces el santo y seña, Verrina? Decidle, genoveses, que no es otro que subordinacion. Si no puedo disponer de vosotros conforme me parezca, ¿estais?; si no soy el jefe de la conjuracion, me retiro. Una vida entera de libertad, bien vale un par de horas de esclavitud.

VERRINA. —Obedeceremos.

FIESCO. —Idos ahora. Uno de vosotros debe recorrer Génova y comunicarme el estado de la gente en los diferentes puestos; otro, que se entere del santo y seña; otro, que arme las galeras, y el cuarto me traerá al patio de mi casa los dos mil hombres. Esta misma noche habré dispuesto lo demas, y con ayuda de la suerte, habremos triunfado. Que á las nueve en punto estén aquí todos para recibir mis últimas órdenes.

(*Llama.*)

VERRINA. —Yo me encargo del puerto. (*Vase.*)

BORGOGNINO. —Y yo de la tropa. (*Vase.*)

CALCAGNO. —Iré á enterarme del santo y seña. (*Vase.*)

SACCO. —Pues entonces me encargo yo de dar la vuelta á la ciudad. (*Vase.*)

ESCENA VI.

FIESCO.—Luego el MORO.

FIESCO. —(*Sentado junto á un pupitre y escribiendo.*) ¡Pues no se han atufado al oir la palabra *subordinacion!* Así se revuelve la mariposa contra el alfiler con que se la clava. Pero es tarde, señores republicanos.

EL MORO.—Señor...

FIESCO. —(*Se levanta y le da un papel.*) Has de invitar para una funcion de teatro, que se celebrará esta noche, á cuantos dice esa lista.

EL MORO.—Sin duda para representar en la funcion su respectivo papel. La entrada costará la vida.

FIESCO.—(*Con frialdad y desprecio.*) Una vez hecho esto, no quiero verte más en Génova. (*Se va y deja caer una bolsa.*) Esta es tu última comision.

ESCENA VII.

El MORO, solo.

(*Recoge la bolsa lentamente y la mira sorprendido.*) ¿En eso estamos? No quiero verte más en Génova. En mi jerga de gentil, estas palabras de buen cristiano quieren decir: cuando sea dux haré ahorcar á mi camarada en una horca genovesa. Perfectamente. Porque conozco sus mañas, teme ahora que no sabré guardar el secreto una vez sea dux. Poco á poco, señor Conde; menester fuera pensarlo mucho todavía. Ahora, buen Dória, tu pellejo está en mis manos y estás perdido como no te avise. Si voy á encontrarle y le descubro la trama, salvo al Duque, la vida y el ducado, lo cual ha de valerme al menos tanto oro como cabe en este sombrero. (*Hace que se va y vuelve.*) Vamos con tiento, amigo Hasan.

Estabas á punto de cometer una necedad. ¿Y si toda esa matanza se frustrara y algo resultase de ahí?... ¡Diablo!... ¡diablo!... ¡Qué pasada iba á jugarme mi codicia! Veamos. ¿Qué puede salirme peor, engañar á Fiesco ó entregar á la muerte á los Dória? Pues, señor, es difícil resolverlo. Como Fiesco gane, Génova tal vez se levantará de su postracion... ¡Oh!... esto no, esto no me conviene. Si Dória se salva, todo sigue como estaba, y Génova en paz... ¡Oh! esto es peor. Pero... ¿qué es ver la cabeza de los rebeldes cayendo en la canasta del verdugo? (*Paseándose.*) ...¡Y la divertida carnicería de esta noche, cuando los muy serenísimos darán con su cuerpo en el suelo, al silbido del moro! No, salga de este enredo un cristiano como pueda, que para un hereje el problema es harto difícil... Voy á consultar á un sabio. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

Un salon en casa de la condesa Julia.

JULIA de trapillo.— Sale GIANETTINO turbado.

GIANETTINO.—Buenas noches, hermana.

JULIA.—(*Levantándose.*) Algo extraordinario ocurre, cuando viene á ver á su hermana el príncipe heredero de Génova.

GIANETTINO.—Como tú de mariposas, yo vivo rodeado de avispas y no hay medio de dejarlas. Sentémonos.

JULIA.—No tardarás en cansarme.

GIANETTINO.—Oye, hermana. ¿Hace mucho que no has visto á Fiesco?

JULIA.—¡Singular pregunta!... ¡Como si me acordara yo mucho rato de semejantes nonadas!

GIANETTINO.—Me conviene saberlo.

JULIA.—Pues bien... ayer estuvo aquí.

GIANETTINO.—¿Y se ha mostrado franco?

JULIA.—Como de costumbre.

GIANETTINO.—Siempre con el mismo capricho.... ¿verdad?

JULIA.—(*Ofendida.*) ¡Hermano!

GIANETTINO.—(*Alzando la voz.*) Oye... ¿siempre con el mismo capricho?

JULIA.—(*Irritada, se levanta.*) ¿Por quién me tienes, hermano?

GIANETTINO.—(*Sigue sentado, con ironía.*) Por una muchachuela, envuelta en un gran... un gran título de nobleza. Sea dicho acá para inter nós. Ya ves, nadie nos oye.

JULIA.—Pues... acá para inter nós... eres un mono insolente y menguado que explotas el crédito de mi tio... Ya ves, nadie nos oye.

GIANETTINO.—¡Hermana!... ¡hermana!... Vaya, no nos enfademos. Me alegro de saber que Fiesco sigue con el mismo capricho, que es lo que deseaba averiguar. Con Dios. (*Hace que se va.*)

ESCENA IX.

Dichos.—LOMELLINO.

LOMELLINO.—(*Besando la mano á Julia.*) Dispensadme mi osadía, señora. (*A Gianettino.*) Ciertas cosas que no admiten espera...

GIANETTINO.—(*Le lleva aparte. Julia picada se sienta al clavicordio, y toca un allegro.*) ¿Está todo preparado para mañana?

LOMELLINO.—Todo, Príncipe, pero el correo que salió esta mañana para la ribera de Levante, no ha vuelto todavía, ni Spínola tampoco. ¡Si le hubiesen sorprendido!... Estoy en verdad muy ansioso.